

TABAKALERA



GUY DE COINTET

Going to the Market
My Father's Diary

ES



GOING TO THE MARKET

Texto original en inglés

—¿Me quieres a mí o a Suzan?— preguntó la mujer joven y atractiva. Se llamaba Roz, y sus ojos estaban llenos de resentimiento y hostilidad. De repente, la pregunta resultaba importante para ella. Adul, era de Reino Unido, tenía 38 años, y era un brillante ingeniero desde 1959. Adul y Roz se conocían desde hacía algún tiempo. Se conocieron en el hospital. Ella era enfermera. Él estaba pasando una revisión médica. Se gustaron de manera inmediata. Pero esa noche, Adul estaba demasiado dolido por la pregunta de Roz como para responder. Simplemente, se giró y se fue, pensando: —Es el final de nuestro bonito romance.

Se había acabado la fiesta. Invitados circulando por los vestíbulos, decían adiós. Durante unos 6 días, la cosa había resultado incómoda entre ambos. Y esa noche, en la fiesta de Jim, en su 24.º cumpleaños, todo empeoró. Demasiados hombres alrededor de Roz y demasiadas chicas alrededor de Adul. No contestaba... Vaya.. Ahora estaba segura de que el lío de Adul con Suzan no era un rumor. Dejándose llevar por el ímpetu violento de la rabia, se puso en pie de golpe. Entonces, sin mediar palabra, se fue de la habitación, y recorrió rápidamente los pasillos. ¡Espejos por todos lados! Bajó apresuradamente las escaleras. En el vestíbulo, se encontró con su amigo Henry. Cuando él le dijo «Hola», ella no le saludó, sino que se lanzó hacia el laberinto de jardines y calles estrechas que llevaban al mercado. Ya no veo nada. He perdido los recuerdos de lo bueno y de lo malo... ¡Qué historia más triste! Se sentía mareada y desconcertada... ¿Quizás por el estrés emocional con Adul? ¿O quizás por la comida? Había comido un montón en la fiesta. ¿O a caso fueron las bebidas? Sea como fuera, esta mujer joven quería ir a la tienda a por medicamentos, o algo similar. Era demasiado tarde. Las 2 de la mañana. El mercado estaba cerrado y la noche era muy oscura. La delgada luna creciente brillaba por momentos, en medio de un cielo nuboso... Eso era todo.

Así que Roz fue a tumbarse a un banco, en el parque con vistas al río. De sus azules aguas, salían cálidas palabras, muy cálidas:

«Un gran sueño oscuro
se ha cernido sobre mi vida:
sueño, con esperanza,
sueño, ¡todo deseo!
Un gran sueño oscuro...»

Por un breve momento, se sintió mejor. Pero las náuseas regresaron. Tiritando y temblando, perdió el equilibrio por algún motivo y cayó al río. Afortunadamente, dos personas, dos caballeros, con ligero acento de Luxemburgo, la agarraron justo a tiempo. También le dieron algo caliente para beber... ¡Vaya! ¡Estaba tan fría! —Lo siento— dijo ella. No sé por qué, estaba mareada... —No te preocupes— dijo uno de ellos. El río tiene un efecto hipnótico en algunas personas. —Es verdad— añadió el otro. ¡El vértigo! El vértigo se apodera del alma...

Mientras tanto, Adul conducía su coche hacia casa. Para llegar a casa, tomó la carretera que se adentraba directamente en el corazón del bosque. Condujo muy cuidadosamente a 56 km/h, ya que el sotobosque era tupido y lleno de cepas y enredaderas. La oscuridad era intensa. Solo eran unos pocos kilómetros, ¡pero el tiempo iba tan lento en la mente agitada del ingeniero! No podía evitar decirse a sí mismo: ¡Roz, Roz!

Al llegar a una intersección, sin siquiera pensarlo, Adul giró a la derecha, hacia el mercado y el río, en vez de girar a la izquierda, hacia casa. La carretera, solitaria, recta y llana y, en la distancia, precioso y sereno como siempre, el sol salía en todo su esplendor. Tenía que admitir que las vistas eran excepcionalmente cautivadoras... Adul podía ver la silueta del tejado del mercado y de los árboles del parque frente al gran globo rojo que era el sol. Podía oír el murmullo del río y fragmentos de sus palabras: «Abrumador... Sueño oscuro... Cambio... Todo esperanza... Punto de inflexión... Vida...» La voz era dulce y seductora. —¡Roz!... ¡Roz!—llamaba. ¡Roz! La mujer joven miró hacia atrás y vio a Adul. Se levantó y, tras dar las gracias a los dos hombres por su ayuda, corrió hacia él: —Adul... Adul...

Fin

MY FATHER'S DIARY

Texto original en inglés

Hace poco, mi padre, sabiendo que sufría una enfermedad sin cura, y sintiendo que la vida se le escapaba, me confió un objeto inusual: este libro verde con una forma un tanto curiosa.

Empezó diciendo: «Lo llamo mi diario...», pero estaba muy débil para seguir hablando. Entonces cerró los ojos y se desvaneció.

Era, sin duda, un libro, con páginas y páginas llenas de textos, signos, diagramas, enérgicos dibujos... dispuesto de una manera especial. Empieza con un texto escrito probablemente en honor a una persona muy especial de la que estaba enamorado: «¿Cómo describiría la emoción que evocaban las primeras entonaciones de esa voz? Estaba emocionado y embelesado. Pronto, con una sonrisa radiante, se levantó y se desplazó algunos pasos hacia la izquierda, donde...»

En mitad de la noche, poco después de que me diera este apreciado libro, mi padre falleció. Sentí que mi alma se sumergía en la tristeza y me quedé junto a su lecho llorando. Todavía sollozaba y lloraba cuando, de manera inesperada, estalló la guerra. Alguien gritó: «¡Apagad las luces! ¡Fuera las luces! ¡Fuera las luces!» Podía oír personas gritando, aviones atacando... Tenía que huir. En ese momento, Frederick, mi prometido, entró corriendo: —¡Adiós, Lucy!— exclamó. ¡Adiós! El enemigo está cerca. Por favor, no me olvides. Tengo que irme y... —Por supuesto, no te olvidaré— le dije mientras le besaba apasionadamente. —¡Adiós, adiós! Lloré una y otra vez. Y se había ido...

Con el diario en una mano, cogí algunas prendas de ropa con la otra y salí de casa. Una densa nube de cenizas, humo y dios sabe qué se cernía sobre la ciudad. En la noche, se oía un gran tumulto, pero era tan densa y oscura que era imposible ver nada. De repente, un edificio cercano quedó consumido por las llamas. Hacia todas las direcciones salían despedidos piedras y

escombros, madera en llamas, metal tan caliente que se derretía en el aire y caía como una lluvia abrasadora. Algunos caían cerca de mí, y destrozaban parte de un diagrama, haciendo que pareciera que había dos flechas apuntando en direcciones opuestas. El fuego, como una enorme antorcha, propagaba la luz por todos lados. Entonces, pude verlo. Las calles estaban llenas de miles de personas y miles de coches, interminables colas de camiones y autobuses... Con incredulidad, yo todavía estaba de pie, sin ser consciente del tiempo, junto a dos rosales que adornaban nuestra puerta de entrada, cuando no pude reprimir un temblor nervioso y me pinché el dedo gordo con una espina. ¡Ay! ¡Un dolor punzante! Salió sangre a chorros e inmediatamente mancho una página... ¡Vaya! ¡Vaya...! Y otra... Pero incluso a través del color aterrado, se podía ver el paisaje encantador dibujado en blanco y negro: en primer plano, una abundante franja de tierra, preciosa y llena de vegetación y flores. En el fondo, una enorme y extraordinaria montaña que se alzaba repentinamente de la llanura. Su gran soledad se añade a su majestuosidad, y sus imponentes barrancos parecen besar el cielo.

Caminé, caminé y volví a caminar con la multitud que huía. ¡De qué manera más lenta y tortuosa pasaban las horas! Cómo de lentas pasan cuando la vida y la muerte se enfrentan. La ciudad quedaba ya lejos y el paisaje no me era familiar. Pero los tanques enemigos se acercaban más y más. El aire era muy denso y pesado, tanto que sentí que me iba a ahogar. Tropecé. Me caí dos veces. Por pena, un hombre considerado de ojos verdes me dio una botella: —Prueba un poco de esto— me dijo. Bebí mucho y con la prisa se me derramó un poco. La bebida azul era poderosa. Temblé de pies a cabeza, pero me sentí aliviada... A pesar de la nebulosa, era imposible no sentirse conmovido por los fragmentos todavía legibles de... una carta, ¿quizás? «Estimada Flo. 5 chicos desnudos. Una taza de café. Con leche. En Tijuana. ¿Es él su amante? No, solo habla español. Además, solo tiene 14 años. Tras un paseo matutino, tomó un taxi y»... La carretera serpenteaba apaciblemente por un valle fértil que nunca había visto antes. La noche se desvanecía poco a poco. Por doquier, se podía ver en las suaves laderas de las colinas, una casa de campo medio escondida tras una hilera de árboles, una pequeña granja o algún ganado durmiendo junto al río. Dejé que la multitud me adelantara durante un rato para descansar en un banco que vi al lado de la carretera. De nuevo, abrí el diario y me topé con

esta página: Los trabajadores de Boston se iban. Lo recuerdo. Se iban, de acuerdo, pero uno de ellos cogió una fotografía en color de un grupo de números nuevos antes de cerrar la puerta de la planta: los números complejos. Entre ellos, los números imaginarios o completamente imaginarios, los números medio reales y medio imaginarios los irracionales, los negativos y los infinitos... La fotografía es bastante buena, pensó el trabajador de Boston... Paso a paso, el sistema se ha ampliado, así que, ahora, por cada operación, podemos obtener una respuesta en el sistema numérico.

Entonces, frente a mí, de pie frente a un cielo nuboso y pálido, en una pequeña distinción, vi una sombra amenazante con un enorme rifle que apuntaba hacia mí. Me tiré al suelo. La bala no me dio por poco. Y otro disparo, justo cuando estaba a punto de levantarme... Dañada, pero todavía digna de admirar, la imagen muestra: a la derecha, un hotel con vistas a una maravillosa playa de la costa oeste americana. A la izquierda, la arena. En la arena, una mujer esbelta en un traje de color piel, se encuentra de pie con los brazos extendidos en una actitud simpática. ¿Quién es esa elegante joven? ¿Y qué hace junto al mar? Nadie lo sabrá nunca, puesto que sopló repentinamente una violenta ráfaga de viento, que arrancó las últimas páginas y echo a todo el mundo al suelo, arrancando árboles de raíz, e hizo sacudir las casas... Al mismo tiempo, el cielo se despejó rápidamente, y dejó ver el sol, alto e increíblemente brillante. La multitud, cegada por su brillo, quedó paralizada. El viento se detuvo, pese a lo fuerte que había soplado, y el silencio más intenso se apoderó del lugar. Solo lo rompieron poco después unas voces alegres que gritaban por todos lados: —¡Yrotciv! ¡Yrotciv! ¿Yrotciv? Me dije a mí misma: ¿Yrotciv? ¿Dónde estamos? Rápidamente me di cuenta de que, con el pánico, la multitud había andado un largo camino y que ahora nos encontrábamos en la región del país en la que se habla una variación moderna e interesante del inglés... ¡Yrotciv!

De hecho, cientos de enemigos soltaban sus armas y tiraban sus uniformes, mientras corrían a esconderse en los bosques cercanos. Los tanques retrocedían y, en el cielo, los aviones daban media vuelta y se desvanecían en la dirección de la que habían venido... A mi lado, mi querido Frederick me susurró al oído: —Se ha acabado la guerra, Lucy. Volvamos a casa.

FIN

Texto publicado en *Guy de Cointet, The Complete Plays*.
Editado por Hugues Decointet, François Piron y Marilou Thiébaud.
Paraguay, 2017.